



# **TRINOS**

***Bebiendo de la fuente  
para reavivar el don de Dios***



# EL MATRIMONIO COMO CAMINO

*“Me invocaréis e iréis a suplicarme, y yo os escucharé.  
Me buscaréis y me encontraréis, si me buscáis de todo corazón”  
(Jer 29, 12-13)*

## INTRODUCCIÓN

Dios llama a todo hombre a participar de su misma vida. “El designio de Dios, desde la eternidad, es que el hombre sea, en Cristo, partícipe de la naturaleza divina”. Así ha sido desde el principio de los tiempos y así lo ha enseñado la Iglesia.

El Vaticano II ha querido de nuevo manifestar que Dios, desde siempre, ha querido que todos los hombres sean santos, porque todos pueden participar de su misterio de Amor. Llama a todos y cada uno a la perfección en la caridad, a ser “hijos en el Hijo”, y les da los medios humanos y sobrenaturales necesarios.

En la Constitución LG (cap. V) esta llamada universal a la santidad se concretará en la comunión conyugal, porque la gracia del sacramento del matrimonio capacita y fortalece para alcanzarla. A través de su amor fiel y fecundo serán un ejemplo vivo del amor de Cristo por su Iglesia. Ellos irán descubriendo progresivamente la grandeza de la plenitud a la que están llamados, a través de la cotidianeidad de su vida y de una auténtica vida espiritual.

## 1. VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD

La Iglesia desde sus comienzos no ha dejado de enseñar que la llamada a la santidad se dirige a todos los cristianos, sea cual sea su estado de vida y todos la pueden alcanzar. ¿En qué consiste esta llamada a la santidad? “Dios es amor, y, quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”, representa por tanto “la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y su camino... No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. Él está en el comienzo y en la culminación del amor. Es la fuente y el prototipo del amor y al amor llama. Y experimentar este encuentro gozoso nos hace salir hacia fuera a testimoniarlo: “si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?”. Y quien experimenta el amor de Dios transmite la mayor alegría que se pueda pensar: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”. La Escritura nos revela las distintas muestras de amor de Dios con su pueblo<sup>18</sup> al que siempre está dispuesto a acogerlo, a perdonarle, a echarle una mano. Su fidelidad es inmensa, nunca lo abandona aún cuando éste se “prostituya” con otras falsas divinidades. Un recorrido por la historia bíblica nos da luz sobre cómo ha de ser también nuestro amor personal, porque “la revelación de Amor divino es, al mismo tiempo, una comunicación personal de este amor y esta revelación es para todo hombre”. Este amor llega a su plenitud con la entrega de su propio hijo en la Cruz. Por tanto, los misterios de la Encarnación, Pasión





y Resurrección marcarán un nuevo hito en la historia de la humanidad, siendo referente para todo cristiano. Por ello esta llamada a la santidad no es otra que participar en el misterio de este amor de Cristo. “La propuesta es vivir en un nivel superior, pero no con menor intensidad”.

Esta santidad sólo será posible a través de la acción gratuita de Dios, a la que hay que añadir la colaboración del hombre en libertad. “Realmente es Dios quien nos encuentra; es Dios quien anda continuamente en nuestra búsqueda... Y Dios sorprende siempre, claro, pero a quien quiera dejarse sorprender”.

## 2. EL MATRIMONIO COMO VOCACIÓN A LA SANTIDAD

En esta llamada universal a la santidad, el Concilio Vaticano II aporta algo novedoso al hacer alusión explícita a los esposos y padres cristianos como sujetos de santidad a través de su amor fiel y fecundo, siendo un ejemplo vivo del amor de Cristo por su Iglesia. “La instancia profunda de la llamada a la santidad (...) se aplica, por primera vez en términos orgánicos, a la consideración de la relación conyugal en el sacramento del matrimonio y de la consiguiente vida familiar”.

“El matrimonio, que por voluntad de Dios continua la obra de la primera creación, asumido en el designio total de la salvación, adquiere, también él, nuevo significado y valor. Efectivamente, Jesús le ha restituido su primitiva dignidad, lo ha honrado y lo ha elevado a la dignidad de sacramento y de misterioso signo de su unión con la Iglesia. Así, los cónyuges cristianos, en el ejercicio del mutuo amor, cumpliendo sus específicos deberes y tendiendo a la santidad que les es propia, marchan juntos hacia la patria celestial”.

“La vocación universal a la santidad está dirigida también a los cónyuges y padres cristianos. Para ellos está especificada por el sacramento celebrado y traducida concretamente en las realidades propias de la existencia conyugal y familiar. De ahí nacen la gracia y la exigencia de una auténtica y profunda *espiritualidad conyugal y familiar*”.

Dios tiene un proyecto de amor sobre cada uno de nosotros, también sobre el matrimonio, un proyecto que es dinámico y creativo, no se da impuesto sino que lo va construyendo con su ayuda, que respeta la libertad y está abierto a que cada uno descubra por sí mismo esta grandeza de plenitud en sus vidas. “Pues sé muy bien lo que pienso hacer con vosotros: designios de paz y no de aflicción, daros un porvenir y una esperanza. Me invocaréis, e iréis a suplicarme, y yo os escucharé; me buscaréis y me encontraréis, si me buscáis de todo corazón; me dejaré encontrar y cambiaré vuestra suerte –oráculo del Señor–”.

El matrimonio, que es una unión sagrada, está llamado, a la vez, a la santidad, en primer lugar, en la cotidianidad de su vida, porque el mismo sacramento habilita para ello. La santidad conyugal y familiar “supone una auténtica espiritualidad, tanto matrimonial como familiar, por la que vivir intensamente los medios de santificación en la propia vocación. Se ha de entender por ella no un modo concreto de prácticas de piedad o determinados acentos en la relación con Dios, sino la manera familiar de vivirla”.





Todo lo que rodea a la vida conyugal y familiar puede ser medio de santificación, si se realiza dentro del plan originario de Dios a la luz de la Revelación. Por ello, las relaciones íntimas tienen también su lugar importante en esta llamada a la plenitud humana. “El matrimonio es un sacramento mediante el cual la sexualidad se integra en un camino de santidad, con un vínculo que refuerza aún más su indisoluble unidad”.

Esta comunión conyugal íntima a través de su ser un solo cuerpo y una sola carne, tiene una dimensión por excelencia para vivir en santidad, esto es, la procreación y educación de sus hijos. Los esposos, cuando están abiertos al fruto de su amor, viven el significado inherente a la conyugalidad, según los planes divinos.

### **3. MEDIACIONES QUE FAVORECEN EL ENCUENTRO CON DIOS**

La misma vida, con sus realidades cotidianas, debe ser para los laicos el lugar por excelencia de encuentro con Dios porque Él se manifiesta en nuestra propia historia. A veces, esta misma vida está transida por fuertes experiencias de dolor o de gozo, que por su densidad, nos conducen al encuentro (maternidad-paternidad, amistad, enfermedad, crisis personal, conflictos, entrega a los más desfavorecidos, muerte de seres queridos...). El Espíritu se encarga de que esos momentos excepcionales de la vida, en los que nos creemos sumidos en la soledad y oscuridad, sean momentos especiales de intimidad y de crecimiento. Se trata de vivir la relación con Dios desde toda nuestra realidad pero también, más allá de ella.

Además de estas mediaciones de la vida misma, existen otras más específicas que favorecen el encuentro más inmediato con Dios, como son la oración, los sacramentos, la formación, el compromiso, la vida de comunidad,... donde la Palabra ocupa un lugar privilegiado.

A través de la Palabra, Dios nos revela su grandeza y nos va conformando a su voluntad, respetando el proceso personal de cada uno. Es una Palabra viva y vivificante que siempre tiene algo nuevo que decirnos cada vez que nos dejamos impregnar por ella. “La Palabra de Dios es viva y enérgica, más tajante que una espada de dos filos, penetra hasta la unión del alma y espíritu, de órganos y médula, juzga sentimientos y pensamientos”.

El Espíritu es el que nos ayuda a escucharla en su verdad, salvando nuestro subjetivismo y nos pone en disposición para preparar nuestra respuesta. “La Palabra tiene en sí un potencial que no podemos predecir...”.

Este itinerario de fe es personal y único. Cada uno experimenta el mismo amor de Dios pero bajo unas circunstancias concretas que tejen su caminar. Por esto es distinta la vida de fe de cada miembro de la pareja. Es un encuentro personal, de tú a Tú. Nadie lo puede hacer por uno mismo. Sin él nunca se podría llegar a una experiencia de fe en pareja o en comunidad. Cristo se manifiesta a cada uno respetando su propio itinerario de fe, sin forzarlo.

Sin embargo, una vida de constante abandono a la voluntad de Dios, tiene sus repercusiones en el matrimonio, en la familia,... ya que no se ha de preocupar sólo de buscar la propia santidad sino también la de aquél o aquella con la que comparte la vida. “La fidelidad a la propia vocación, como vía a la santidad, lleva consigo el ser





instrumento y mediación para la santificación del otro cónyuge y de la familia entera”. El amante es corresponsable de la santidad del amado al participar del “sacramento de la mutua santificación”.

Como vemos, en este camino de santidad, el hombre no está solo. Dios acompaña, fortalece, alienta, a través de su Espíritu. La espiritualidad es, por tanto, una vida según el Espíritu y todos están llamados a participar en esta gran historia de amor. Desde nuestro bautismo recibimos la fortaleza para vivir bajo la luz del Espíritu.

### 3.1. ORACIÓN

La oración es fundamental para entrar en relación con Dios. En nuestra vida diaria no hemos de hacer sólo oración sino hacer de la vida una oración, un continuo ir hacia Dios y venir a los hermanos. Verticalidad y horizontalidad se interrelacionan de tal manera que una lleva constantemente a la otra.

Estos espacios propios de encuentro con Dios, donde sentimos su presencia, nos van forjando semejantes a Él, en el pensar, desear y hacer:

“La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coincide cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío”.

La oración no se debe de reducir únicamente a mi encuentro personal con Dios sino que también es importante realizarla en comunión con mis hermanos, empezando por el matrimonio, la familia, la comunidad... Hemos de ser conscientes de su presencia, tal y como Jesús mismo nos dijo: “donde dos o más están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”

Hoy las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, a través de nuestros dispositivos móviles, nos facilitan en el devenir diario, la posibilidad de parar para encontrarnos con su Palabra, unidos a otros miles de cristianos.

Además de esta oración personal, matrimonial y familiar, no podemos olvidar la importancia de aquellos momentos fuertes de encuentro a través de retiros en tiempos litúrgicos especiales y, como no, al menos, una vez al año, desconectar por completo de las distracciones diarias, para participar en ejercicios espirituales, adecuados a nuestra situación matrimonial.

En esta unidad de vida y oración tenemos un gran testimonio de mujer orante por excelencia, María, laica, esposa, madre, viuda... que a través de su relación con Dios acepta su voluntad, por difícil que esta fuese. “María vivía entre los hombres en medio del mundo y, sin embargo, no ha habido ni habrá jamás criatura más unida al Señor que ella”<sup>50</sup>.



### 3.2. EUCHARISTÍA.

Jesús nos ha mostrado el itinerario que lleva de la cruz a la resurrección, a partir de su sacrificio personal hasta alcanzar la plenitud del amor. En eso consiste la esencia del amor de la existencia humana en general, estar dispuestos a dar la vida.

“Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía,..., este Logos se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor. La eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega... nos lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar... Sólo a partir de ese fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor”.

En el sacrificio eucarístico nos hacemos uno con Cristo, participamos dinámicamente en el gran misterio de su muerte y resurrección, para salir al encuentro de nuestros hermanos con ese sentir propio del que nos amó hasta entregarse por nosotros, semillas que se dejan morir para después fructificar. Para actualizar constantemente en la vida conyugal todo este misterio de amor de Cristo se necesita la participación en la Eucaristía<sup>53</sup> que es la fuente del amor que les capacita interiormente a amarse como Cristo amó, donde la entrega conyugal se renueva; en ella se encuentra la máxima expresión del amor conyugal. Esto es lo que da verdadero sentido a su unión.

La participación en la Eucaristía, además, nos une con la gran familia de los hijos de Dios, la Iglesia universal, y nos da sentido de identidad y pertenencia, sintiendo su presencia y fortaleza en nuestro caminar diario.

### 3.3. RECONCILIACIÓN

“Quien ha comprendido un poco de Dios y desea encontrarse con Él, comprende la confesión. Es una experiencia humana que supera el conocimiento donde la persona ha quedado sorprendida por la relación única e incomparable que en un momento dado de su vida ha tenido con Dios. Es la experiencia más profunda que un hombre pueda tener... La de sentirse hijo de un Padre que en vez de acusar, en vez de reprochar nuestra huida, se enternece por habernos encontrado”.

No podemos dejar de lado la fragilidad del hombre como consecuencia del primer pecado que afectó a toda la humanidad; para devolverle su valor originario necesita la redención de Cristo, que no sólo nos llama a reconciliarnos con Él y con el hermano sino que también nos da los medios.

Es a través del sacramento de la reconciliación, como Dios, Padre, por su infinita misericordia quiere darnos la posibilidad de comenzar de nuevo.

El matrimonio, ante sus limitaciones y caídas tiene la posibilidad de volver su rostro a Dios y a su cónyuge por encima de sus posibilidades humanas. Restaurar de nuevo el amor que ha sido dañado. “También el sacramento de la Reconciliación ha de ocupar un lugar importante en la vida de los esposos cristianos como respuesta a la vocación matrimonial... El perdón sacramental es así imprescindible en la vida conyugal para

encontrar la fuente escondida del Amor misericordioso que sostiene la débil voluntad de los esposos”57.

### 3.4. FORMACIÓN

Estamos inmersos en una invasión informativa, que no formativa, en la que cualquiera, a través de las redes, difunde sus opiniones, en la mayor parte de los casos, no fundamentadas. De ahí el relativismo tan grande que existe sobre cuestiones tan fundamentales como el amor, la sexualidad, el matrimonio, la familia,...

Al final, ante tanta información, se llega a caer en un escepticismo en el que se considera que no existe una verdad válida para todos, por encima de raza, cultura, religión,... La desorientación creada es impresionante.

Sin embargo, todo ser humano quiere ser feliz, encontrar un sentido a su vida, pero no siempre acierta a tomar el camino necesario para alcanzarlo.

Sólo desde una antropología teológica, en diálogo con las demás ciencias humanas, podemos descubrir, no sólo en qué consiste esa felicidad que todos anhelamos sino también el camino y los medios para lograrla. Nadie puede no desear lo bueno y hacer lo posible por alcanzarlo.

Hoy se hace más necesario que nunca una suficiente formación para dar razón de nuestra vida de fe y hacer frente a los nuevos retos que cada día nos plantean las mismas relaciones humanas. El cristiano ha de estar preparado para poder llevar a cabo un diálogo con la realidad que le rodea y, de un modo especial, conocer y transmitir con su palabra y vida, el designio creador de Dios sobre el matrimonio y la familia, aquél que la Iglesia quiere enseñar.

### 3.5. COMPROMISO PASTORAL

Toda vida interior tiene sus repercusiones en quienes nos rodean, sobre todo en los más débiles y necesitados.

Con la entrega a los demás se produce una retroalimentación, se da amor pero también se recibe amor, es un continuo dar y recibir, teniendo siempre presente que sólo somos administradores del amor no propietarios de él. Por eso, el amor no se agota nunca. Saben que no son sólo el uno para el otro, sino que su amor lo han de proyectar en el hermano, son para él iconos del amor de Dios. Será en la entrega donde descubran su valía como personas y como creyentes.

El matrimonio que tiene la gran suerte de compartir una misma vida de fe, ha de hacer lo posible por discernir cuál es el compromiso pastoral y/o social al que Dios los llama a cada uno en particular o a los dos. Sin embargo, no siempre el matrimonio se encuentra llamado a desempeñar la misma labor pastoral. Por ello, es muy importante que ante cada nueva tarea pastoral que se nos presenta o nos ofrecen, la discernamos juntos y tomemos una decisión teniendo siempre como premisa el compromiso primero que hemos asumido con nuestro matrimonio y familia. Si lo hacemos así, seguro que no nos equivocamos.

### 3.6. VIDA DE COMUNIDAD

El matrimonio cristiano no puede caminar por libre, necesita del encuentro con experiencias similares de otros matrimonios que comparten las mismas inquietudes. Gracias a las relaciones humanas que se crean, participan juntos en muchas realidades de la vida cotidiana: momentos de ocio, formación, celebración, colaboración,... consiguiendo un sentido de pertenencia y una identidad que lo fortalecen.

La participación en comunidades ayuda a la pareja a no cerrarse sobre sí misma, a compartir su itinerario, a dar y recibir fortaleza en los momentos difíciles, a no encontrarse solos en el camino, sino contar con la colaboración de otras personas que, están pasando por las mismas circunstancias en su relación o que ya salieron de ellas teniendo puestos sus ojos en Aquél que todo lo puede.

### 4. HACIA LA PLENITUD DEL AMOR HUMANO: COMUNIÓN CON DIOS

“El deseo de comunión entre personas en el amor conyugal es el índice de un deseo más profundo: el deseo de la comunión con Dios”. Ese es el fin, la vocación a la que hemos sido llamados, al ideal más alto que se pueda pensar y desear para el hombre.

El ser humano está sellado en lo más hondo de su persona por un intenso anhelo de infinito, de trascendencia plena, porque hemos sido creados a su imagen y semejanza para abrirnos desde nuestra libertad al encuentro con Dios-Amor. “Nos creaste Señor para ti, y nuestro corazón andará siempre inquieto mientras no descanse en ti”.

El camino del matrimonio se presenta como una construcción de un nosotros ideal que un determinado día se hará realidad, casi plena, al menos en esta vida. Realidad nueva en la que se ha elegido a la otra persona para que forme parte integrante de su misma vida y así ir creciendo no sólo en su comunión recíproca sino también a participar de esa vida que Dios ofrece. Así lo pidió Jesús en la oración sacerdotal de la última cena: “para que todos sean uno, como tú, Padre en mí, y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros”.

Esta es la meta que Dios pide, el ideal que tiene pensado para todos a través de la mediación del matrimonio. De ahí la grandeza y dignidad del amor entre dos personas unidas en matrimonio, signo su amor a los hombres, sacramento de su presencia. Ésta es su vocación y misión: hacer a Dios presente entre los hermanos a través de su amor recíproco.

#### Oración a la Sagrada Familia (Todos)

Jesús, María y José  
en vosotros contemplamos  
el esplendor del verdadero amor,  
a vosotros, confiados, nos dirigimos.





Santa Familia de Nazaret,  
haz también de nuestras familias  
lugar de comunión y cenáculo de oración,  
auténticas escuelas del Evangelio  
y pequeñas iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret,  
que nunca más haya en las familias episodios  
de violencia, de cerrazón y división;  
que quien haya sido herido o escandalizado  
sea pronto consolado y curado.

Santa Familia de Nazaret,  
haz tomar conciencia a todos  
del carácter sagrado e inviolable de la familia,  
de su belleza en el proyecto de Dios.  
Jesús, María y José,  
escuchad, acoged nuestra súplica.  
Amén.

